

COMUNICACIÓN: EDUCACIÓN Y COMPLICACIÓN

COMMUNICATION: EDUCATION AND COMPLICATION

*Alan Patroni Marínovich**

Facultad de Ciencias de la Comunicación, Turismo y Psicología

Recibido: 16 de setiembre de 2015

Aceptado: 1 de octubre de 2015

RESUMEN

En este aporte se intenta alcanzar algunas reflexiones alrededor de temas como el significado de la comunicación, su trascendencia y sentido. Se presentan distintos niveles de comunicación y de interpretación a lo largo de citas de autores y de experiencias cotidianas que es menester considerar para volver a pensar en el sentido de la comunicación y su trascendencia en la difícil tarea de generar consensos entre el ejercicio de la autoridad y su aterrizaje en la formación del carácter y la educación de la voluntad. Una filosofía de vida, una ética personal, un sentido existencial, una meta trascendente y un ideal puesto en verdades eternas, parece no tener mucha importancia en los procesos comunicativos de la interacción social de nuestro tiempo. Temas de los que se puede hablar y teorizar pero es casi imposible hacerlos viables en una conciencia comunitaria de mejorar la interacción social en un entorno siempre inestable y cargado de incertidumbre.

Palabras clave: Educación, respeto, autonomía, disciplina, pedagogía, dignidad, consenso, ética.

ABSTRACT

This contribution tries to achieve some thoughts around issues such as the significance of communication, its transcendence and meaning. There are different levels of communication and interpretation along quotes of authors and of everyday experiences that need to be considered, in order to re-think the sense of communication and its significance in the difficult task of generating consensus between the exercise of authority and its landing in the formation of character and the education of will. A philosophy of life, personal ethics, an existential sense, a transcendent goal and an ideal post in eternal truths, seems to have no great importance in the communicative processes of social interaction of our time. Topics that we can talk and speculate about, but that are almost impossible to make them viable as community awareness to improve social interaction in an environment that is always unstable and loaded with uncertainty.

Keywords: Education, respect, autonomy, discipline, pedagogy, dignity, consensus, ethics

Introducción

Se suele escuchar con frecuencia que los tiempos han cambiado, que antes los hijos respetaban a los padres y hasta les tenían cierto temor por la autoridad que ellos representaban. El cariño de la madre, la autoridad y el buen ejemplo del papá y la sana competencia entre los hermanos eran los referentes de la comunidad compartida en el hogar.

Cuando hago este comentario siempre me dicen: «eran otros tiempos». Ahora los padres les temen a los hijos; ya que, si no les conceden lo que les piden se exponen a recibir insultos y malos tratos, amenazas y hasta (aunque es difícil de creer) golpes.

¿Dónde se perdió el rumbo? La respuesta que me dan es que en esta época ya NO existe la familia. El consumismo hace que los padres trabajen para tener más dinero y así «mejorar» su situación económica y poder tener

más cosas. Los jóvenes de este tiempo, ya no piensan en el matrimonio porque quieren vivir la vida con intensidad y sin ninguna obligación para con nadie. Un profundo egoísmo alimenta el ansia de tener dinero para gozar de la vida sin asumir responsabilidades para con el prójimo y menos con su familia (si es que la tiene).

Veamos lo que nos dice el Diseño Curricular Nacional de la Educación Básica Regular (Ministerio de Educación, 2009, p. 64).

Principio de Respeto

Todo niño merece ser aceptado y valorado en su forma de ser y estar en el mundo. Cada niño es una persona única con su propio ritmo, estilo, momento, y procesos madurativos para aprender y desarrollarse. Respetar al niño es saber identificar sus características, ritmo y estilo de aprender. El docente debe saber elegir acciones educativas oportunas sin apresurarlos ni presionarlos.

Principio de Autonomía

Todo niño debe actuar a partir de su propia iniciativa, de acuerdo a sus posibilidades. Los niños, si se les permite son capaces de hacer cada vez más cosas y por tanto valerse por sí mismos. Son capaces de agenciarse para resolver pequeñas tareas y asumir responsabilidades con seriedad y entusiasmo como el cuidado de uno mismo, alimentarse, ir al baño entre otros. El adulto debe favorecer su autonomía sin interferir en las iniciativas de los niños, salvo cuando estas representen un peligro.

La periodista Del Río (15 de agosto de 2015) escribe lo siguiente:

Los amigos jugaban cara a cara y las fotos eran de papel, únicas, compartirlas solo era posible únicamente si las regalábamos. Esto que escribo con tanta nostalgia no era mejor ni peor, simplemente lo que me tocó vivir. Pero no existía el Día del Niño y los diarios no venían con encartes y suplementos, llenos de opciones para celebrar.

En relación a esta cita deseo añadir que me ha tocado ver cosas tan ridículas como insólitas. La celebración de los cumpleaños de los niños donde se contratan empresas que decoran un espacio que va de acuerdo con el deseo «Temático» del niño. Y ocurre que este puede ser un personaje del mundo del cine o de la televisión o de los juegos electrónicos. Se desarrolla toda una parafernalia de objetos y figuras alusivas al personaje que va desde disfraces hasta los envases en los que se servirán las bebidas.

Por supuesto que vendrán invitados de todas las edades, familiares, parientes y amigos adultos, menores y niños quienes estarán «celebrando» el acontecimiento dedicándose a la conversación, el juego y a la comida de lo que se pueda encontrar encima de la mesa. TODOS se tomarán cientos de «selfies» y la música será alusiva a los éxitos de la vulgaridad musical de moda y en esta escena en la que más de un grupo parece estar desquiciado y delirante, se cantará varias veces el «happy birthday». El primero para el dueño del santo, el segundo para su hermanito mayor (ya que este puede ofenderse y quedar traumatado sino no se le celebra a él también) y uno más para la abuelita que tiene 86 años, que es sorda y que si no fuera por ella no habría nada ni nadie en ese lugar. La conversación girará en torno a las manifestaciones de inteligencia extraordinaria que posee el agasajado. Ya a esa edad «ve televisión» y «sabe usar una tablet», «escucha los temas musicales del momento», «sabe cuándo hablan de él» y por supuesto es el más bonito de todos los bebés del país, duerme como un ángel y no llora nunca.

Lo que es asombroso es que el niño ha cumplido dos años de vida, tal vez no hay nada malo en esto, pero ¿dónde está lo bueno?

La periodista continúa:

Nuestras madres se embarazaban varias veces, no sabían hasta el día en que nacíamos si éramos hombres o mujeres y no existía esa paranoia obsesiva por la calidad de tiempo, el déficit de atención, la nutrición orgánica, la lactancia materna como religión, el uso correcto de internet. Nuestros padres no sabían todo sobre nosotros, existían saludables secretos y espacios personales, no había una voz adulta advirtiéndonos, todo el tiempo, sobre el peligro de caernos o hablar con extraños.

No debo callar que existía una lectura serena, tensa y resignada o expectante y alegre del estado de gestación que siempre fue un adorno para la condición de mujer. No importaba el número de hijos. Todos finalmente llegaban al mundo con una promesa y una misteriosa premonición que los padres abrigaban en el fondo de su corazón. Se confiaba en La Divina Providencia que en su infinita sabiduría concedía el don de la vida bajo su designio, y se daban los medios para sacar adelante la familia pese a las dificultades de siempre y a la incesante presencia de la adversidad. Hoy no es así. En principio, formalizar una situación matrimonial en lo civil y luego en lo religioso es casi una obligación de forma. La juventud de hoy se jacta de ser práctica y buscar solo lo útil y lo placentero. La decodificación de la palabra «amor» solo funciona en su interpretación de «placer». La amistad entre un hombre y una mujer es simplemente efímera y hasta complicidad para divertirse todo el tiempo y a cualquier costo sin ningún referente de apoyo mutuo que constituya ayuda para superar las dificultades.

Quiero insertar una cita de Bauman (2005, p. 21)

La naturaleza del amor implica tal como lo observó Lucano dos milenios atrás y lo repitió Francis Bacon muchos siglos más tarde – ser un rehén del destino–.

En el Simposio de Platón, Diótima de Mantinea le señaló a Sócrates, con el asentimiento absoluto de este, que: «el amor no se dirige a lo bello, como crees», «sino a concebir y nacer en lo bello». Amar es desear «concebir y procrear», y por eso el amante busca y se esfuerza por encontrar la cosa bella en la cual pueda concebir.

En otras palabras, el amor no encuentra su sentido en el ansia de cosas ya hechas, completas y terminadas, sino en el impulso a participar en la construcción de estas cosas. El amor está muy cercano a la trascendencia; es tan solo otro nombre del impulso creativo y, por lo tanto, está cargado de riesgos, ya que toda creación ignora siempre cuál será su producto final.

En todo amor hay por lo menos dos seres, y cada uno de ellos es la gran incógnita de la ecuación del otro. Eso es lo que hace que el amor parezca un capricho del destino, ese inquietante y misterioso futuro, imposible de

prever, de prevenir o conjurar, de apresurar o detener. Amar significa abrirle la puerta a ese destino, a la más sublime de las condiciones humanas en las que el miedo se funde con el gozo en una aleación indisoluble, cuyos elementos ya no pueden separarse. Abrirse a ese destino significa, en última instancia, dar libertad al ser: esa libertad que está encarnada en el otro, el compañero en el amor. Como lo expresa From (citado en Thorsons, 1995, p. VII):

En el amor individual no se encuentra satisfacción [...] sin verdadera humildad, coraje, fe y disciplina” y luego agrega inmediatamente, con tristeza, que en una cultura en la que esas cualidades son raras, la conquista de la capacidad de amar será necesariamente un raro logro.

Y lo mismo ocurre en una cultura de consumo como la nuestra, partidaria de productos listos para uso inmediato, las soluciones rápidas, la satisfacción instantánea, los resultados que no requieran esfuerzos prolongados, las recetas infalibles, los seguros contra todo riesgo y las garantías de la devolución del dinero. La promesa del arte de amar es la promesa (falsa, engañosa, pero inspiradora del profundo deseo de que resulte verdadera) de lograr «experiencia en el amor» como si se tratara de cualquier otra mercancía. Seduce y atrae con su ostentación de esas características porque supone deseo sin espera, esfuerzo sin sudor, y resultados sin esfuerzo. Sin humildad y coraje no hay amor. Se requieren ambas cualidades, en cantidades enormes y constantemente renovadas, cada vez que uno entra en un territorio inexplorado y sin mapas, y cuando se produce el amor entre dos seres humanos, estos se internan inevitablemente en un «terreno desconocido».

Nuestros mayores nos educaron en la escuela del ejemplo y del esfuerzo. El sacrificio, la educación de la voluntad y la oración cotidiana nos templaban el espíritu. La oportunidad de poder vivir la presencia de un acontecimiento como es Jesús de Nazareth fue el blasón de nuestra lucha cotidiana. Por lo tanto, el ejercicio de una ética personal y social no era una opción sino una responsabilidad imposible de soslayar.

Me insisten en que hoy el tema es distinto. Ahora no se puede obligar al niño a obedecer a sus padres porque estaríamos «frustrando» su derecho a la libre expresión.

Cuando trato estos temas con quienes fueron mis alumnos en años pasados y les comento que la disciplina en el aseo y el cuidado personal, el orden en nuestra habitación, el respeto y cariño a nuestros padres y mayores y el compromiso con el estudio era lo más importante tanto durante la educación escolar como la universitaria, me dicen ¿Y usted no se sentía frustrado en su libertad? ¿Usted no iba a fiestas con sus amigos los fines de semana? ¿No se reunía con sus «patas» para tomar unas «chelas» (cervezas)? ¿Acaso no tenía amigas y/o «amiguitas»? y... a lo largo de pláticas ocasionales casi siempre me toca escuchar este tipo de cuestionamientos que hacen pensar que la educación en la familia y en el colegio en los últimos 30 años del siglo pasado fue «castradora» de la personalidad del niño, el adolescente y el joven hasta los 21 años.

Me tocó vivir en Surco en el 5º piso de un edificio en un departamento cuya zona de lavandería tenía una terraza que permitía observar un gran patio de un colegio católico que por razones éticas no debo revelar. Ocurría que los días lunes iniciaban las actividades escolares con el izamiento del Pabellón Nacional y entonando el Himno Nacional. La formación era un desastre, los alumnos seguían conversando mientras se entonaba el himno, luego durante la oración continuaba el desorden y muy pocos prestaban atención a las indicaciones que se estaban comunicando. Lo más frustrante fue comprobar que al terminar estos «actos cívico religiosos» los alumnos se desplazaban a sus respectivos salones de clase. PERO ocurría que había grupos que simplemente no hacían caso y se quedaban en algún rincón del patio, hablando alegremente. Transcurridos unos diez minutos se escuchaba por los altavoces del patio: «Se solicita a ese grupo de alumnos que están conversando que vayan a sus aulas porque los profesores los están esperando» solo entonces y lentamente estos se acercaban a sus aulas.

Lo más tenebroso de este relato aún no termina. Luego de unos minutos se volvía a escuchar la misma voz que decía «Los tres profesores que están hablando en el pasillo, tengan la bondad de trasladarse a sus aulas porque sus alumnos esperan».

Por los misterios insondables del destino ocurrió que un día pude conversar con una docente que es madre de familia y tenía sus hijos en el mencionado colegio y me dijo que cuando ella manifestó su preocupación a una profesora porque los alumnos entraban y salían de la clase cuando querían, esta le indicó que estaban siguiendo las directivas del Ministerio de Educación en lo relacionado con el respeto y autonomía del niño. Tal como se cita a la letra en uno de los primeros párrafos de este artículo.

Con este relato estoy tratando de decir, que el planteamiento del documento sobre la Educación Básica Regular está muy bien redactado en lo concerniente al respeto y la autonomía del educando; pero la interpretación del texto queda a merced de lo que sobre este asunto pueda entender y conocer el profesor, lo que no garantiza que el resultado sea el esperado; ya que, el docente también es víctima de vivir en un entorno laxo y permisivo. Además, en muchos colegios los profesores prefieren seguir las costumbres de conocer las disposiciones del Ministerio de Educación, pero también saben cómo evitarlas; ya que, la resistencia al cambio está muy arraigada y la fuerza de la costumbre también colabora para que todo siga igual.

El tema de la disciplina

Su origen no está en la falta de disciplina de los centros educativos. Está en que la familia no cumple con su rol fundamental: La educación de los hijos.

En las últimas décadas el ritmo de vida en los países del primer mundo (y por imitación en otros países) ha cambiado mucho. La obediencia y el respeto a los mayores casi no existen. En un establecimiento comercial si un niño se encapricha con un juguete y la madre le dice que ya tiene muchos en casa, él hará una rabieta y para evitar la vergüenza la madre cederá. Si el papá o la mamá están hablando y uno de los niños interrumpe la conversación es el papá quien le pedirá al hijo que le deje hablar un poco más que aún no ha terminado de expresar lo que está diciendo.

Conozco del caso de una profesora de colegio que le llamó la atención a una alumna por no haber completado los ejercicios en el cuaderno de

matemáticas. La alumna le gritó a la profesora por llamarle la atención. Al día siguiente, los padres fueron al colegio a manifestar su queja contra la profesora. Y así podríamos abundar en ejemplos.

Tal vez los padres han perdido autoridad y les conceden todo lo que los hijos les piden porque ellos saben en conciencia que han fracasado en el acompañamiento que hay que dar a los hijos desde el vientre materno hasta que llegan a la mayoría de edad.

Esta situación me obliga a comentar que se ha confundido y trastocado el significado y el sentido de la palabra pedagogía. Todo parece girar en torno al «cumplimiento» de normas de forma externa que la sociedad impone. Si se engendran hijos pues no queda más remedio que educarlo y mandarlo al jardín de infantes lo antes posible ya que no se le puede tener en casa porque los padres trabajan. Luego buscar un colegio de cierto renombre que no sea muy caro y que esté de moda y finalmente enviarlo a la universidad para que sea «profesional» y listo. Se cumplió con la obligación. Se suele «recomendar» al hijo que estudie una carrera que le asegure un puesto de trabajo para que pueda ganar dinero y ser feliz.

En cuanto al régimen escolar el método de enseñanza, el nivel de los profesores, el clima laboral, la pedagogía, la didáctica, y el sentido de la vida que el centro educativo pueda ofrecer no interesa mucho. Solo importa que sea económicamente cómodo para el presupuesto de la casa y que el alumno termine su educación en el menor tiempo posible.

La violencia de la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación y la incertidumbre creada por la mal llamada sociedad de la información en una realidad como la de los países andinos y en particular el Perú, hace que el desorden la inestabilidad y el desconcierto sea la característica de un componente social donde la mentira y el oportunismo suelen ser interlocutores siniestros con mensajes confusos a través de medios que no respetan normas elementales de fidelidad para con el contenido del proceso tanto educativo (porque se perdió la brújula de su correcta dirección) como el de la comunicación que está sumergida en un complejo devenir de cambios y modificaciones.

Debo acudir a Baudrillard (1991, p. 78) quien señala:

La posibilidad que tienen algunos procesos económicos, políticos, lingüísticos, culturales, sexuales, incluso teóricos y científicos, de superar los límites del sentido y avanzar por contagio inmediato –de acuerdo con las leyes de la recíproca y pura inmanencia de las cosas y no de acuerdo con las de su trascendencia o de su referencia– constituye a la vez un enigma para la razón y una maravillosa alternativa para la imaginación.

Basta con ver el efecto de la moda. Jamás ha sido aclarado. Es la desesperación de la sociología y de la estética. Se trata de un contagio milagroso de las formas donde el virus de la reacción en cadena se enfrenta con la lógica de la distinción. No cabe duda de que el placer de la moda es cultural, pero ¿no debe más todavía al consenso fulgurante e inmediato en el juego de los signos? Las modas, por otra parte, se extinguen como las epidemias, cuando han arrasado la imaginación y el virus se fatiga. El precio a pagar, en términos de despilfarro, es el mismo: exorbitante. Pero todo el mundo lo acepta. Nuestra maravilla social es la de esta superficie ultrarrápida de circulación de los signos (y no la ultralenta de circulación del sentido). Adoramos ser inmediatamente contaminados, sin pensarlo. Esta virulencia es tan nefasta como la de la peste, pero ninguna sociología moral y ninguna razón filosófica acabarán con ella. La moda es un fenómeno irrepetible porque participa de ese modo de comunicación insensato, viral, inmediático, que solo circula tan rápidamente porque no pasa por la mediación del sentido.

Con estas líneas intento señalar que hemos perdido el centro de la racionalidad en la lectura del entorno. El gran drama de la comunicación moderna se identifica con la pérdida de sentido de las cosas, el orden y la disciplina. Y lo mismo ocurre con el cuidado de los animales y la ecología y finalmente la relación con el «otro». ¿Cuál es la naturaleza del mundo que me rodea? ¿Cuál es el uso que se le da a las cosas? ¿Qué nivel de comunicación utilizo para relacionarme con los demás? ¿Puedo intentar reflexionar sobre mi rol en el mundo? ¿Cuál es el centro fundante de mi

existencia? ¿Por qué debo rechazar el mal y anhelar el bien? ¿Por qué no se puede vivir un desafío ético ante la propuesta moral?

Me apoyaré en Ricken (1987, p. 150-151) para intentar explicar lo que pretendo:

Con tales preguntas manifiesto que reconozco la validez de la exigencia de fundamentación. Pregunto por las razones por las que debo actuar rectamente o por qué debo buscar tales razones. O supongamos estas otras preguntas: «¿Existe un deber válido, con independencia de todas las metas subjetivas?» «¿Me encuentro frente a la exigencia de justificar mi obrar, con independencia de todas las metas subjetivas?» con estas preguntas estoy reclamando una respuesta fundada. Y expreso mi disposición a asentir a una respuesta fundamentada. Si se toma en serio y con un propósito práctico, expresa la determinación de mi voluntad para dejarme guiar en mi actuación por unos motivos o razones.

Contra esta exposición de la pretensión indiscutible se puede hacer la objeción siguiente. La exposición supone que se afirma o se discute la validez de las normas morales, o que se toma en serio, y no de un modo meramente retórico, la cuestión de la validez de las normas morales. Pero tal supuesto significa –y este es el tenor de la objeción– que la pretensión indiscutible descansa sobre una decisión caprichosa. La exposición realizada supone la decisión de afirmar o de discutir algo, o de tomar en serio una pregunta. Supone, por consiguiente – en la terminología de Habermas– la decisión a favor del obrar consensual y del discurso. Pero la decisión por el obrar consensual ya no se puede justificar. Yo querría responder a la objeción distinguiendo entre la validez y el reconocimiento de una norma. En principio la validez de la misma es independiente de su reconocimiento y aceptación. El reconocimiento de una proposición teórica significa que yo emito el juicio de que es verdadera. Pero la proposición puede ser verdadera, aunque yo juzgue que no lo es. En una proposición deontica el reconocimiento incluye además la decisión de dejarme guiar por la misma, en mis decisiones y actuaciones. En una proposición deontica ni siquiera puedo formular en serio la pregunta

acerca de su verdad. Yo puedo juzgar que la proposición es verdadera, y sin embargo negarme a dejarme conducir por la misma en mis decisiones y actuaciones. Puedo, además, a decidirme a ni siquiera plantear la cuestión del recto obrar. Pero, aunque yo no me pregunte por la rectitud de mis decisiones, la pregunta acerca de la rectitud de mis decisiones sigue teniendo sentido como tal. Porque yo no me resuelva a discutir la verdad de una proposición, no va a dejar de discutirse la verdad de la misma; ni porque yo no me pregunte por la validez de una norma va a dejar de ponerse en tela de juicio la norma en cuestión. La validez solo puede ponerse en tela de juicio en tanto que yo la discuto; y en la medida en que discuto la pretensión indiscutible, estoy ya suponiendo su validez.

Aunque los temas en este trabajo parezcan desordenados el lector podrá darse cuenta que la raíz del problema está en que en las últimas dos décadas, se ha dejado de lado tres principios fundamentales: la filosofía, la ética y los fundamentos de la pedagogía.

Además, y como consecuencia de lo anterior se ha desnaturalizado el sentido y la constitución de la familia, que es precisamente, el lugar de donde procede la materia educable. En el seno de la organización familiar los esposos y la consecuencia de su relación, los hijos tampoco se sienten seguros sobre sus deberes en cuanto a la educación de los mismos, y no les queda más que confiar en lo que pasará en el colegio.

En cuanto a la vida en comunidad, muchos padres de familia tienen deficiencias como la falta de verdadero amor entre ellos, infidelidad, y sobre todo, ausencia de acompañamiento a los hijos. Si la vida matrimonial representa una ardua tarea de comprensión, autoridad, comunicación sincera entre esposos, tolerancia, exigencia y sobre todo el arte de perdonar y corregir sus defectos y no logran un mínimo de consenso en su relación entre ellos (porque ambos trabajan y no tienen tiempo) ¿qué podrán transmitir a los hijos?, ¿podrán dar ejemplo y guía a sus hijos tanto en orden respeto responsabilidad y disciplina?

Si a esto añadimos la incorporación de la mujer al aparato productivo, estimulada por una rara competencia por superar al varón, lo que cada día

se nota más ya que aumenta el número de las mujeres que piensa se desea ser independiente, porque no necesita «depender» de un esposo y menos «complicarse la vida criando hijos que a corto plazo solo le traerán problemas» y lo que es peor, el gasto que ocasiona criar y educar un hijo «en esta época es tremendo».

No quiero parecer machista ni conservador. Simplemente veo que esta forma de pensar respecto del matrimonio y la educación de los hijos se interpreta como un problema y no como un deber, consecuencia de una decisión seria y responsable, que como todo en la vida tiene momentos difíciles, pero es el camino predilecto para alcanzar crecimiento espiritual, madurez y servicio a los seres amados, llegando a su máxima expresión en la capacidad de sacrificarse por el OTRO. Quien no lo entienda en esa dirección siempre vivirá con la angustia de no tener un sentido en la vida y en el mundo.

Ahora quiero citar una experiencia que el autor de la novela pone en boca de su personaje que siendo un soldado que participó en la guerra de Vietnam, al regresar a los Estados Unidos trabaja como policía y está cerca la edad de su jubilación.

Hace tiempo leí en un periódico de aquí que unos maestros encontraron de casualidad una encuesta que enviaron en los años treinta a varias escuelas del país. Incluía un cuestionario sobre cuáles eran los problemas de la enseñanza en las escuelas. Y encontraron unos formularios que habían enviado desde varios puntos del país respondiendo a estas preguntas. Y los mayores problemas mencionados eran cosas como hablar en clase y correr por los pasillos, mascar chicle, copiar los deberes y cosas por el estilo.

Cogieron uno de los impresos que estaba en blanco, hicieron fotocopias, los volvieron a enviar a las mismas escuelas. Cuarenta años después. Y he aquí la respuesta: Violación, incendio premeditado, asesinato. Drogas. Suicidio. Me puse a pensar en eso. Por qué la mayoría de las veces cuando digo que el mundo se está yendo al infierno, la gente simplemente sonrío y me dice que me estoy haciendo viejo. Que ese es uno de los síntomas. Pero lo que yo creo es que

cualquiera que no vea la diferencia entre violar y asesinar gente y mascar chicle tiene un problema mucho mayor que el que tengo yo. Y cuarenta años tampoco es tanto. Tal vez los próximos cuarenta sacarán a la luz algún problema más. Si no es demasiado tarde.

Hace un par de años Loretta y yo fuimos a una conferencia en Corpus Christi y a mí me tocó sentarme al lado de una mujer, que era la esposa de no sé quién. Y no paró de hablar, que si la derecha esto, que si la derecha lo otro. No estoy seguro ni de lo que quería decir con eso. La gente que yo conozco es básicamente gente corriente. Gente vulgar si quieren. Así se lo dije a la mujer y ella me miró con cara rara. Pensó que estaba diciendo algo malo de ellos; pero por supuesto, donde yo vivo, decir gente corriente es un cumplido. Y ella venga a seguir hablando. Al final me dijo: No me gusta a dónde va este país (Estados Unidos) yo quiero que mi nieta pueda abortar. Yo le dije, mire, señora, no creo que a usted le preocupe en realidad a dónde va este país. Tal como yo lo veo no me cabe ninguna duda de que su nieta podrá abortar. Es más, creo que además de abortar también podrá hacer que le practiquen a usted la eutanasia. Lo cual puso fin a la conversación (McCarthy, 2008, pp. 155-156).

La primera idea que acude a nuestra mente es pensar que el mundo está al revés y de cabeza. Inclusive llegamos a recordar que alguien dijo que «todo tiempo pasado fue mejor». Otros dirán que estamos en una época de involución sin retorno y que antes de 50 años, todo esto terminará en una hecatombe de guerras religiosas que tratarán de alcanzar el poder para instaurar un «nuevo orden».

No faltan los que vaticinan que la destrucción del ecosistema hará que antes de cinco décadas, aumente la temperatura del planeta y desaparezcan los polos dándose inicio a una nueva era de desolación. A todas estas tendencias podríamos denominarlas «apocalípticas». Luego vendrán los que afirmen que dentro de 50 años ya habremos resuelto el tema de la «hibernación» y podremos enviar seres humanos para poblar un planeta semejante a la tierra en un sistema planetario situado en otra galaxia no muy lejana a la nuestra. De esta forma se salvará la raza humana.

Otros afirman que antes de 50 años la naturaleza por sí misma se habrá regenerado y estará cada vez menos contaminada. Las aguas de los mares, lagos y ríos habrán creado microalgas que purificarán el agua y todo volverá a un estado original prodigioso. El ser humano habrá reconocido sus errores y un nuevo perfil de sociedad gobernará el planeta de manera justa sabia y equitativa. No habrá guerras ni pobreza ni hambrunas ni epidemias ni terremotos ni enfermedades ni pestes ni envidia ni ambiciones ni traiciones, ni nada malo. Habrá triunfado el bien, la bondad y la belleza. Estos serán denominados «los plenos».

La pregunta que me asalta es ¿cuántos años tengo hoy y qué tan comprometido estoy con los desafíos que se comentan en este artículo como para constituirme en un pequeño eslabón de la cadena que pueda jalar el carro de la historia en una dirección sensata? Si tomamos la referencia y tengo 25 años ¿podré hacer algo en relación a estos planteamientos con mi comportamiento personal, profesional, ético y moral los próximos 50 años?

El humano viene dando tumbos por su existencia desde que rompió su relación con el estado de justicia original que rige el orden del cosmos. Su atisbo de soberbia y anhelo de poder, lo llevaron a desafiar las bondades de la creación y desde entonces está pagando el precio de su desatino. Pero ocurre que en el misterio del mal y del caos que este trae, misteriosamente se restaura el orden y la justicia en una dimensión que nuestra razón aún no está preparada para comprender. Nuestra limitación y debilidad se acentúa en la medida que nos alejamos del fundamento de la justicia, la caridad y la misericordia. Al alejarnos de la luz tropezamos en la oscuridad. Tal vez estamos viviendo el momento en el que gracias a nuestros tropiezos volvamos la mirada hacia la luz y logremos restablecer el equilibrio entre el creador y la criatura. ¿Cuándo? No hay prisa.

El momento es hoy, ni antes ni después.

Solo tengo que ver si HOY no importa la edad que tenga, estoy a tiempo de hacer mi mejor esfuerzo por asumir un compromiso de detenerme por un momento y pensar que la existencia es efímera y que lo ÚNICO por lo que vale la pena vivir y morir es por aquellos valores eternos y sobrenaturales a los que podemos llegar y que están allí, muy cerca a cada uno de nosotros.

Despertar del marasmo de la ignorancia, la falsa novedad, el consumismo y la indiferencia.

Tal vez este sea el desafío más grande que debe proponer, enfrentar y encaminar, la educación universitaria que está en el punto de encuentro de la paradoja: Entre la crisis de la educación familiar y escolar y las insospechadas y sorprendentes exigencias de una sociedad que vive en constante zozobra.

Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1991). *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*. Barcelona: Anagrama.
- Colección Curso Fundamental de Filosofía (1987). *Ética General*. Barcelona: Herder.
- Ricken, F. (1987). *La autofinalidad del hombre como principio de la moral*. Barcelona: Herder.
- Del Río, M. (15 de agosto de 2015). Uso de la palabra. Tanto miento tanta culpa. *Perú 21*, 5.
- Ministerio de Educación (2009). *Curricula Nacional de la Educación Básica Regular*. Lima-Perú.
- McCarthy, C. (2008). *No hay lugar para viejos*. Buenos Aires: Sudamericana S. A.